

LAS BASES

ERA una mañana. No recuerdo exactamente la estación ni el año. Había comenzado la década de los cincuenta y, sin duda, hacía buen tiempo, porque las ventanas del colegio estaban abiertas. Lo suficiente para que al ruido de los estampidos nos asomáramos en busca del rectángulo de cielo de donde llegaban las detonaciones. Dos líneas paralelas de humo blanco mantenían una extraña consistencia, como si fueran caminos de algodón en un cielo seguramente azul. Con mentalidad de niños indígenas empezamos a hacer suposiciones sobre el misterio, y sólo ante el exceso de las palabras y los gestos, una profesora sacó de la cartilla de ahorros de su cerebro la explicación científica-histórica a tan extraño acontecimiento:

—Son ellos. Los americanos. Son aviones norteamericanos.

Bien venido, mister Marshall

Luego bajaron de los aviones y los barcos, y los vimos por las calles de nuestra ciudad portuaria. Tan altos, que empuñaban la quimérica estatura de nuestros padres. Tan pulcros, que agrisaban aún más el paisaje de fondo de una ciudad todavía lisiada por los desastres de la guerra. Oían a dólar y a chicle. Andaban como Frank Sinatra y Gene Kelly en *Levando anclas*, con la misma naturalidad con que morían en *Iwo Jima*, *Guadalcanal* o *Todos a una*. ¡Qué estupendos tipos! De sus manos esperábamos dólares, chicles, democracia, leche en polvo, y pronto vimos que sus dólares inicialmente contribuían a elevar el nivel de vida de las muchachas sin flor, muchachas nocturnas, que aprendieron el inglés justo para el más metafísico de los comercios. Es decir, no sólo elevaron el nivel de vida de tan antiguas profesionales, sino que también elevaron su nivel cultural, introduciendo unas gotas de inglés coloquial en la lengua franca de aquellas pobres bestias de carga y descarga.

Pronto arrinconamos los héroes autóctonos y los sustituimos por John Wayne, Robert Taylor, Red Cameron, Errol Flynn, Tyrone Power, Gary Cooper. ¿Qué podía frente a ellos el piteco y patético Rodrigo Díaz de Vivar, o el distan-

te Gran Capitán, o Agustina de Aragón con su cañón de cartón piedra? Lentamente, los americanos fueron introduciéndose en nuestras formas de vida, en nuestra cultura, en nuestro «talante» personal. Eran los efectos com-

ma político. Nos costó años comprender que los americanos no habían llegado a España para que dejara de ser una foto fija y tuviera una dinámica históricamente lógica. No. Parecían aceptar nuestro país tal como era, una

sus brazos aspas modificando puntos cardinales, vanguardias y retaguardias, pasados y futuros.

Sólo cuando el país, en los años sesenta, pareció despertar súbitamente y las imágenes empezaron a rebelarse contra los límites de la fotografía, fue posible un cierto replanteamiento crítico del papel jugado por los norteamericanos en el embalsamiento de España. Jamás negociaron con país alguno tan cómodamente. Jamás invirtieron tan ventajosamente en un país que les allanara mejor el problema de las contradicciones de clase. Y además vino, sol, mujeres, música, toros y el parque de María Luisa.

M. Vázquez Montalbán

plementarios de una introducción decidida en nuestras estructuras económicas y de un consiguientemente acrecentado interés condicionador de nuestro siste-

foto fija, una realidad encantada y paralizada en la que les era facilísimo moverse a los chicos de la Navy, con sus ademanos entrenados, su claque reluciente,

«¿QUE SERA DE LAS BASES?»

«(...) La fórmula adoptada en el acuerdo de 1953 y mantenida hasta ahora en las sucesivas renovaciones fue la 'utilización conjunta'; solución —como el ministro firmante de aquel acuerdo, señor Martín Artajo, escribió recientemente en el diario 'Ya'— 'coyuntural y de emergencia'. Pero también está claro que aquella situación ha cambiado totalmente.

Por lo que toca al modo de practicar esta 'utilización conjunta', el señor Martín Artajo añadía: 'Y es grave el hecho de que las bases aéreas españolas sean utilizadas abusivamente por el mando norteamericano para funciones que nada tienen que ver con la defensa del territorio patrio: introducción de Polaris en Rota, envío de F-4 a Torrejón, reactivación de la base de Zaragoza con su zona de entrenamientos'.

La razón de todo ello está en que, aun aceptada la fórmula de 'utilización conjunta', la mentalidad norteamericana propende a la idea del 'arriendo', que permite usar y disfrutar libremente la parcela arrendada. Por eso creen producirse con toda lógica al reducir el problema a la determinación del 'cuánto', del 'precio', y al procurar lograrlo con la mayor baratura posible. Así, en el Informe de la Subcomisión de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes norteamericana, después de su visita a España en marzo de 1963, se decía: 'Deben hacerse todos los esfuerzos posibles para reducir la ayuda (bien menguada, añado yo, por lo que nos afecta) a países extranjeros, especialmente a España y Portugal, que ya están más que adecuadamente compensados'.

Todo ello sin contar, y esto es lo importante, con que, aun en el supuesto de que la cicatería se trocara en generosidad, tampoco interesaría a España, porque nunca compensaría la magnitud del factor 'riesgo'.

Ni cabría evitar los abusos internos en las bases, por minuciosa que fuese la reglamentación que se adoptara. La 'utilización conjunta' recuerda al 'pro indiviso' en derecho privado. Y ya sabemos los inconvenientes del sistema; incluso entre parientes. Mucho más entre Estados soberanos, jurídicamente iguales, pero con poder superior el que se instala sobre territorio ajeno.

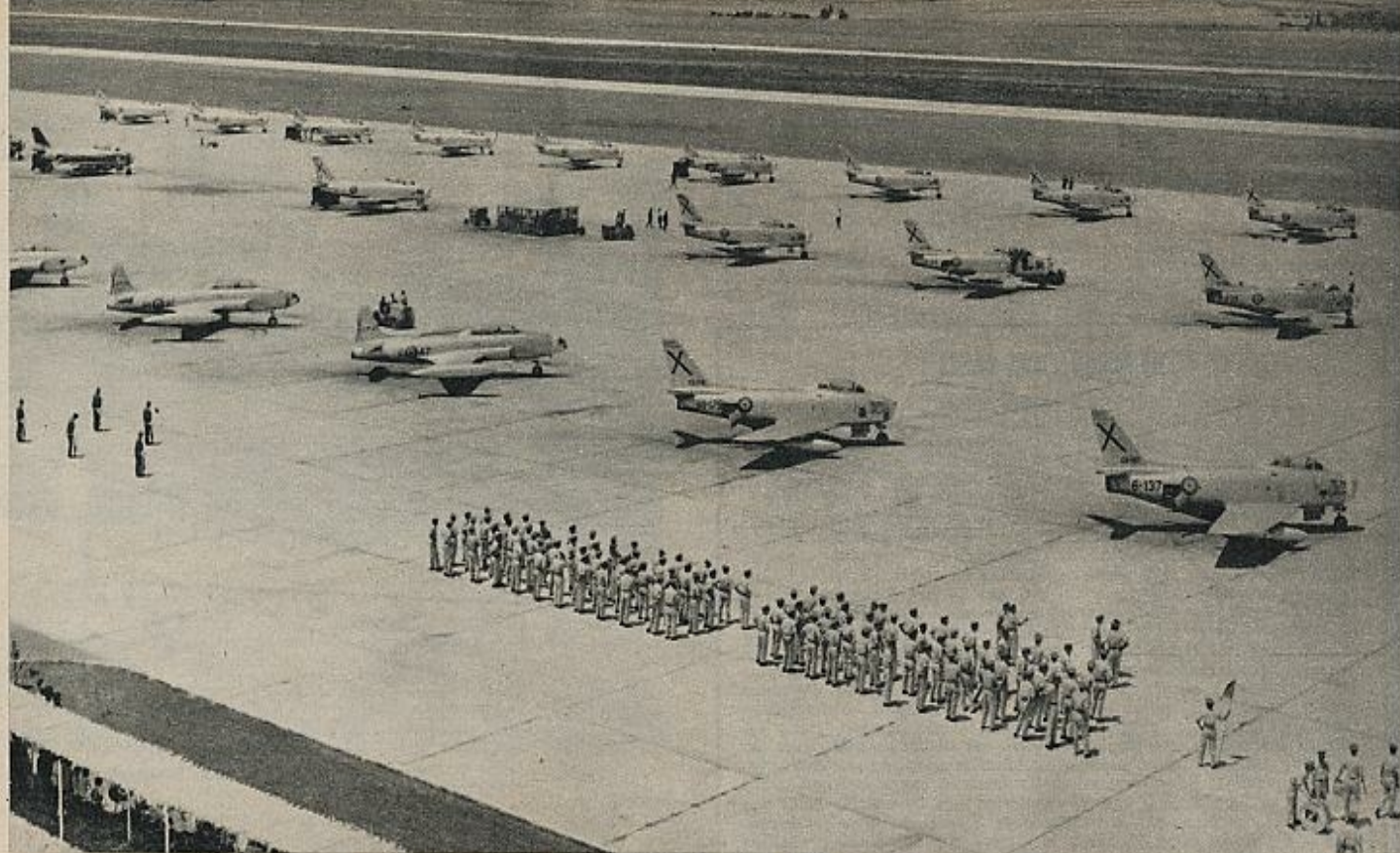
Otra solución, teóricamente posible, consistiría en 'españolizar' las bases. ¿Sería esto factible? Vedámoslo brevemente. En lo militar, las bases no son fortalezas aisladas, ni siquiera regionales en el amplio sentido de esta palabra, sino eslabones de un dispositivo mundial ideado para una estrategia atómica, a todo

lo cual somos ajenos. En lo económico, carecemos de recursos para el gasto fabuloso de estas bases, y aun cuando los tuviéramos, no habría razón para invertirlos en una empresa que ninguna utilidad y sí muchos quebrantos puede reportarnos. En lo político, si la estrategia nuclear a que responden las bases, y su mantenimiento, requiere la ayuda norteamericana, desaparece la autonomía que por la 'hispanización' se busca precisamente para evitar estos dos males: el asentamiento militar extranjero en nuestro territorio, siquiera sea como derivación de un pacto, y, en consecuencia, la amenaza nuclear exterior de un tercer país.

Equivaldría esta solución, en suma, al sistema de 'utilización conjunta', que hemos experimentado ya, con resultados no ciertamente alentadores, y riesgos no tan sólo en caso de guerra, sino en tiempos de paz. Ahí está, para recordárnoslo, el 'artefacto' caído en Palomares.

Muchas más razones podrían alegarse, pero no caben en el marco reducido de un artículo. Con las ya dichas creo que basta para desechar las tres soluciones que anteceden y acogerse a la única que entiendo procedente: la evacuación, que debe estar, según el acuerdo circunstancial de 1969, realizada el 26 de septiembre próximo, si antes no recayere acuerdo en contrario. De aquí la general extrañeza porque a estas fechas no se sepa nada.

La amistad y la cooperación con los Estados Unidos pueden expresarse en un acuerdo o convenio de carácter general, cultural, tecnológico, militar, pero nunca a condición de que sigan las bases. (...) Por lo que toca al mundo árabe, es notoria la discrepancia entre la política española y la norteamericana. ¿Qué ocurriría si los Estados Unidos se propusieran ayudar a Israel desde las bases españolas, o, todavía más, si por esta causa llegara a una guerra con la Unión Soviética? (...) La Europa occidental habrá un día de integrarse no ya sólo económica, sino también políticamente, si quiere adquirir estatura y peso específico adecuados entre los dos colosos que tiene a Oriente y Occidente. El ingreso de España en esa unidad europea, que Larraz entrevió como una federación, es cuestión de tiempo. Pero importa mucho que a esta hora —la vida de la nación hay que contemplarla y preverla de lejos— nuestra Patria tenga su territorio sin enclaves y las manos libres'. ■ JOSE DE YAGUAS MESSIA. ('ABC', 14 de julio de 1970 y 5 de noviembre de 1974.)



Base aérea de Torrejón de Ardoz, próxima a Madrid.

El despertar del espíritu crítico

En torno a la renovación de los acuerdos entre España y los Estados Unidos, en 1970, crecieron las voces críticas sobre el ventajismo norteamericano en los anteriores acuerdos. En el coro crítico no sólo encontramos a las «oposiciones» de España, sino incluso a Martín Artajo, firmante del primer tratado. Y frente a las pretensiones norteamericanas se alzó hasta el final la resistencia negociadora de Castiella, resistencia que fue quebrada porque se impuso la línea americanista de emergencia. No olvidemos que estamos en los años 1969 y 1970, de la Ley de Excepción al proceso de Burgos, meses clave que algún día ayudarán a entender cuanto aconteció después, cuanto acontece hoy.

Ahora se extiende una clara conciencia de que la penetración americana en España es impresionante a todos los niveles. En el plano económico, el capital americano controla absoluta y cualitativamente sectores enteros de la producción. No siempre hace falta controlar el 51 por 100 de una sociedad para ser su dueño, a veces basta con el control de un 30 por 100 *sine qua non* para que prosiga la vida de esa sociedad. En el plano tecnológico y científico, la penetración de ca-

«LOS PACTOS ENTRE ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS»

«(...) Se trata de una negociación política, no militar, ni económica, ni técnico-cultural. Su finalidad básica es la de obtener un mejoramiento y un afianzamiento de la relación política entre España y Estados Unidos.

El acuerdo que se firme, aunque tenga sólo el carácter de ejecutivo, tendría que tener de 'facto' el mismo rango, nivel y efectividad que el Tratado del Atlántico Norte, con el que está unido, por así decirlo, por el vértice, es decir, a través de los Estados Unidos.

La potenciación de las fuerzas de Tierra, Mar y Aire españolas es esencial. España no puede tener un gran Ejército, pero sí un buen Ejército para su paz interior y para su proyección internacional.

La utilización de las bases, cuando el interés de la misma no sea coincidente y común para los dos países, ha de ser regulada cuidadosamente. Esto es de la mayor importancia.

El empleo del arma atómica, tanto por la aviación estratégica como por los submarinos 'Polaris' con base en Rota, crea un problema de seguridad para la población española —asunto Palomares— de la máxima gravedad, que exige garantías y seguridades absolutas si esa utilización se ha de mantener.

Todo ello supone una serie de contrapartidas que ya están delineadas en los pactos vigentes y que deberán ser debidamente y prácticamente desarrolladas.

La diplomacia española sabrá, sin duda, hacer frente a esta compleja problemática». ■ ANTONIO GARRIGUES. ("ABC", 7 de noviembre de 1974.)

pital norteamericano, y extranjero en general, no ha hecho otra cosa que acentuar el colonialismo cultural hispano en uno de los campos más determinantes del futuro. En el plano cultural y subcultural, la colonización se aprecia cada día, a cada paso, en cualquier lugar, a cualquier hora. El Tío Sam no siempre necesita manejar el «gran garrote», a veces le basta una simple escoba para barrer más radicalmente las resistencias, para borrar las raíces mismas de

esas resistencias: las señas de identidad nacional-populares.

Cabe hoy considerar que los Estados Unidos se han aprovechado de las dificultades históricas por las que ha pasado España. Ahora se plantea una vez más el tema de la renovación de los acuerdos, mientras la prensa norteamericana dice, sin ocultamientos, que la CIA merodea por España olisqueando el rumbo de los vientos políticos. Es sorprendente que ningún diputado a

Cortes de los habitualmente rogantes haya pedido una aclaración sobre este menoscabo de soberanía. Es igualmente sorprendente que sólo las revistas críticas independientes hayan dicho «esta boca es mía» en el aireamiento de las idas y venidas de la CIA. A esa conspiración del silencio contribuye la papanatería de muchos que siguen esperando el maná: los unos, el maná de que no pase nada, avalado por Washington, y los otros, el maná de que pase algo, también avalado por Washington.

Muchos son los que posan en las aceras por si ven en ellos a Karamanlis, y otros posan por si ven en ellos a Pinochets potenciados. Se acepta con una sumisión sorprendente que nuestro reino, al parecer, ya no es de este mundo, y que un inapelable «fatum» histórico liga nuestro destino a las decisiones de las computadoras de mister Kissinger. Resulta patético oír la reflexión de algunos «oposicionistas» que se han fabricado un «happy end» histórico en technicolor bajo la dirección de Frank Capra y con las interpretaciones estelares de Nancy Kissinger y Karamanlis Pérez Sánchez. Y resulta tétrico escuchar a los inmovilistas que basan su seguridad en protegerse bajo el paraguas disuasorio del atlantismo y del reparto mundial de zonas de influencia.

Como si cada uno de nosotros ▶

LAS BASES

DE NUEVO... LAS BASES

"(...) Falta por conocer lo que puedan opinar los españoles, una vez que éstos sean debidamente informados sobre las experiencias de estos años y las nuevas metas que nuestro Gobierno se proponga alcanzar. Mi opinión, modestísima ahora, quizá no lo era tanto aquel 20 de junio de 1969, cuando desde Washington y en mi calidad de ministro de Asuntos Exteriores —tras de firmar con William Rogers una pequeña prórroga que, según rezaba el comunicado conjunto, 'los dos Gobiernos... utilizarán para determinar la nueva relación', que, apartándose de su anterior fachada militar fue calificada con el término nuevo de 'cooperación'— manifesté públicamente. Las bases establecidas en 1953, con todo su valor, constituyen hoy día más un riesgo que una protección. Los españoles —de izquierdas y derechas— tienen conciencia de un fenómeno universal indiscutible: La era de las bases militares en el extranjero está terminada. Los países soportan cada vez menos esos 'enclaves' llenos de secretos y peligros y reclaman, en cambio, sistemas más racionales y eficaces de cooperación entre los pueblos. De todas formas, nuestro entendimiento con los Estados Unidos en diversos y fecundos campos de la actividad humana —investigación, comercio, cultura, inversiones, tecnología— no debe ser obstáculo a la firme decisión de que sobre nuestro suelo las bases tengan que ser 'exclusivamente españolas'. En el terreno militar, lo único que, a lo sumo, cabrá negociar, de igual a igual, con Norteamérica —en las contingencias que se prevean y siempre que la seguridad de España, en justa correspondencia a nuestra contribución a la de los Estados Unidos, obtenga adecuadas garantías jurídicas— será el privilegio de poder contar con el uso de ciertas 'facilidades' de tipo defensivo.

No se nos oculta, sin embargo —señalaba yo, honradamente—, que en los Estados Unidos, tras la sangrienta y costosa guerra de Vietnam y otras aventuras, la opinión pública se muestra opuesta a su vez a que se contraigan nuevos compromisos de ayuda militar exterior, nuevas obligaciones internacionales. Pero, si esto es así, los españoles no tenemos por qué ser quienes se encarguen de soportar las consecuencias. No es ése nuestro pleito. (...)

Mucho es lo que los españoles acabarán por saber sobre los acuerdos de 1970 —concertados con tanta rapidez que 'sobraron cincuenta días en la negociación'— y sobre la forma en que se han cumplido sus disposiciones.

En España, el hombre de la calle puede llegar a pensar que más de 10.000 soldados norteamericanos siguen velando desde 'nuestras' bases por la paz y tranquilidad de los hogares americanos y españoles. Pero se quedaría perplejo y luego irritado si alguien le ayudase a comprobar que tanto de los textos de los acuerdos como de los documentos oficiales publicados en Washington —especialmente los recogidos en el 'Congressional Record'— se desprende meridianamente que no existe el menor compromiso público o secreto por parte de los Estados Unidos no ya para garantizar la seguridad de España, sino para defenderla contra enemigos de fuera ('to defend Spain from external adversaries') o a sostener al Gobierno de Franco —mencionado expresamente— frente a una insurrección interna, incluso si ésta fuese inspirada tanto por Mao como por Moscú. Esto está dicho y redicho en letras de molde solemnemente y hasta la saciedad, lo mismo por el subsecretario de Estado, Johnson, que por el subsecretario de Defensa, David Packard.

Si además de no estar comprometidas a defendernos, las fuerzas norteamericanas están autorizadas a retirarse cuando se les antoje, Juan Español puede preguntarse para qué se necesita aquí su presencia. (...) En este orden de cosas, séame permitido consignar una última inquietud. Cuando, no hace mucho, estalló en el Próximo Oriente la llamada guerra del 'Kippur' y las bases americanas que quedan en el mundo se pusieron fulminantemente en Estado de alerta, el Gobierno español, amigo a todas luces de los árabes, cursó órdenes, con acierto indiscutible, para que el suelo patrio no sirviera de plataforma para cualquier clase de ayuda que los Estados Unidos —presentes en el Mediterráneo, es cosa sabida, casi exclusivamente para garantizar la supervivencia de Israel— pudieran prestar al ejército judío. Semejante actitud contrastaba con la que en Portugal adoptó, sin aparentes ventajas políticas, el Gobierno de Marcelo Caetano en relación con las Azores.

...

Se dijo en la prensa americana que el gesto español —imitado por otros países y que a nadie podía sorprender— produjo disgusto tanto en el Pentágono como en el State Department. Pero en la misma prensa —hábil para informarse y reacia a cualquier discreción— se afirmó —véase, por ejemplo, el 'New York Times' del pasado 10 de julio— que, pese a la decisión adoptada por Madrid, se elevaron desde nuestras bases —exclusivamente españolas— aviones-cisterna para repostar en el aire a los aviones que procedentes del Atlántico se adentraban en el Mediterráneo en dirección a Israel.

Aunque uno se resiste a dar crédito a semejantes asertos, no he podido encontrar, ni en América ni en España, un rotundo mentís a una información tan grave sobre una transgresión que pudo causarnos tanto daño". ■ FERNANDO MARIA CASTIELLA. ("La Vanguardia Española", 5 de noviembre de 1974.)



Vista de unas instalaciones en la base n

y entre todos no pudiéramos salir de la foto fija sin permiso del Departamento de Estado.

Nacionalismo y antiamericanismo

El estallido del sentimiento nacionalista y la reflexión teórica sobre las nacionalidades son uno de los fenómenos político-culturales más interesantes de los últimos cinco años. Se ha razonado que a medida que el mundo tiende a la bipolarización de sistemas políticos-económicos-sociales, aumenta la angustia individual y colectiva ante la amenaza de pérdida de las señas de identidad. Es ésta una explicación de conjunción, que no está reñida con la explicación de que el propio desarrollo y aceleración dinámica del imperialismo exacerbaba sus contradicciones internas. Del mismo modo que los centralismos político-administrativos de la burguesía decimonónica estallan por doquier en la escala de las nacionalidades tradicionales, el esquema imperialista de dominación mundial se resquebraja porque en toda relación dominador-dominado hay uno que pierde y otro que gana. La rebelión del Tercer Mundo es en realidad la rebelión de los países colonizados y depredados, que han garantizado la expansión y el bienestar económico de los países poderosos. Y al mismo tiempo, dentro de cada super-sistema, también se establecen relaciones de dependencia económica, política, cultural, que pueden llegar a la asfixia, a esa asfixia pronosticada y cada día más evidente de una Europa obligada a respirar bajo el paraguas de la dominación USA.

La penetración USA en Europa se ha legitimado por el apoyo de las clases sociales que reestructuraron la Europa de 1945 a la

medida de sus intereses. Esas clases fueron las que pactaron con la dominación americana a cambio de sentirse a salvo del peligro comunista. El paso de los años ha demostrado que la dependencia de los Estados Unidos sólo beneficia a una minoritaria burguesía y perjudica al conjunto mayoritario de la población. Toda Europa corre hoy el riesgo de convertirse en una marca territorial del Imperio USA, precisamente la marca fronteriza al borde del «abismo».

Cabe adoptar distintas actitudes ante esta evidencia. Desde la respuesta violenta a esta dominación, hasta el aceptamiento total de su fatalidad, pasando por el forcejeo reformador de esas relaciones de dependencia. Un cálculo posibilista de las relaciones de fuerza política a nivel nacional pone en cuestión la posibilidad de un encadenamiento de revoluciones sociales europeas que den el poder político a las clases que ya se han convertido en las definitivas protagonistas del proceso de producción. Por vía de una comprensión política de las relaciones de fuerza se sabe hasta dónde se puede y hasta dónde no se puede llegar. De ahí, la prudencia estratégica de la izquierda europea en el planteamiento de las relaciones de fuerza a nivel nacional e internacional.

Lo que Europa —ni ninguna nación o conjunto de nacionalidades europeas— no puede aceptar es la hipoteca contraída por su burguesía con la hegemonía norteamericana. Va en ello la supervivencia de muchas naciones. Va en ello una nueva fórmula de relación mundial no basada en la explotación de unas naciones sobre otras, de unas clases sobre otras, y ambas explotaciones cada vez aparecen más nítidamente interrelacionadas.

Es un hecho inapelable que capitalismo y comunismo practican



aval de Rota, en la provincia de Cádiz.

una guerra de trincheras, lenta, encubierta, y no por ello menos implacable. En estas condiciones, plantear una ruptura radical de Europa con los Estados Unidos es una utopía peligrosa a corto y medio plazo, que puede desencadenar graves consecuencias en la historia interior de cada país europeo. Lo que no está fuera de la lógica es que en la medida en que nuevas fuerzas sociales y políticas asumen el protagonismo histórico que les corresponde, corrigen lenta y progresivamente esas relaciones de dependencia. El momento actual de las naciones europeas pasaría por una racionalización total de los estatutos de su organización social interna y de sus relaciones con el sistema, en el que se han visto inmersas, según las consecuencias de la última guerra de redivisión imperial: la segunda guerra mundial.

Si Europa quiere dejar de negociar con USA de rodillas y pasar a negociar de pie, ha de dar papel político a fuerzas de recambio. Y que no se caiga en el justificante barato del «antiamericanismo» como ideología sistemática. Una es la América de Theodore Roosevelt, Nixon, la United Fruit Company y John Wayne. Otra es la América de Eugene McCarthy, Joan Baez y Spencer Tracy. Los pueblos no tienen maldades congénitas. Son las situaciones históricas las que dividen a los pueblos en verdugos y víctimas. Pero sólo la estupidez histórica puede hacer que los pueblos víctimas se resignen a tan incómodo papel.

Sólo para agentes de la C. I. A.

Por lo visto, recorren España unos doscientos agentes de la CIA

disfrazados de latinoamericanos. Nos clasifican y nos cuentan. ¿Cuántos españoles leen «Arriba»? ¿Cuántos españoles leen «ABC»? ¿Cuántos españoles leerían «Mundo Obrero»? Sobre el destino de esos datos no hay ningún misterio. Son datos que asesoran a mister Ford a la hora de instalar una planta industrial en Valencia y asesoran al secretario de Defensa USA a la hora de conceder o no determinado material bélico.

Este ha sido el fruto normal del espionaje político de los agentes de la CIA. Pero es posible que esos doscientos agentes de la CIA aceptados por la prensa norteamericana, no sólo clasifiquen y cuenten, sino que también traten de actuar en consecuencia. El dólar ha perdido valor, pero sigue siendo una excelente moneda para comprar en cualquier parte. Estimulado por esta constatación, quisiera dedicar la parte final de este artículo a los agentes de la CIA, que me estarán leyendo. Vigilen sus inversiones. Por ahí anda suelto mucho fantasma capaz de practicar el timo del toco mocho, hasta con los agentes de la CIA o el mismísimo James Bond si se terciara. Mucho desaprensivo les va a sacar los cuartos, prometiéndoles desvelar todos los velos que impiden la contemplación de la hispánica Verdad, con mayúscula. Y a la hora de la verdad, de toda la verdad, es posible que sólo les enseñen un viejo arquetipo de matrona celtibérica con más moño que cara y más trasero que cuerpo.

Pero en la calle, sin gastarse un duro, pueden descubrir la verdad de la España actual. Un cuerpo joven y suelto, carnal, con más ganas de descubrir que de recordar. Un cuerpo de muchacha dorada y veloz. El cuerpo de la libertad. ■ M. V. M.

Los CoNteM poRa nEoS

CIVILIZACION Y CULTURA

Quando escucho la frase, tan repetida, de que "hay que salvar a nuestra civilización", tiemblo. ¿Quiénes irán a morir? Acaba de pronunciarla Waldheim, secretario general de las Naciones Unidas, en la conferencia mundial de ali-

mentación de Roma. Pensaba yo que aquella conferencia estaba hecha para tratar de salvar las civilizaciones de los demás, y he aquí que de lo que se trata es de dar de comer a esos desventurados para salvar nuestra civilización. Durante siglos, nuestra civilización ha hecho todo lo posible por fragmentar la de otros. Se ha construido sobre sus cadáveres, y el hambre que ahora pasan es la saciedad y la riqueza de Occidente. Y su adorno. El obelisco de la concordia de París y sus salas del arte precolombino en el Museo del Hombre, la aguja de Cleopatra en Londres y los tesoros de su Museo Británico, eran sus civilizaciones. Depredadas, aplastadas, humilladas, tergiversadas. Cuando hablamos, en Europa, de nuestra civilización, estamos hablando de los despojos de las otras.

"Civilización" ha venido a ser un concepto notablemente equivoco. Basada en lo civil, en lo cívico (agrupación en ciudades, ayuda mutua, aportación de todos a todos, organización colectiva de vida) se ha convertido en la acumulación épica de las grandes hazañas de guerreros: "romper murellas y rasgar banderas", como en el verso de Lope.

En la politización del lenguaje, que no falta para cada concepto, "civilización" se ha convertido en un término conservador, diríamos derechista; mientras que cultura (un sinónimo que desde luego no lo es) se ha izquierdizado y lleva un contenido de progreso. Civilización viene a ser una reclama-

ción de destino, una elevación a definitivo de lo biológico y lo genético, un cuadro de valores que viene de la antigüedad y se proyecta hacia el futuro. Los exaltados de la civilización se apoyan en castillos, catedrales, leyendas,

heroismos, viejas banderas, fechas insignes, apariciones, magias, supersticiones, intolerancia, morales, verdades eternas. Los partisanos de la cultura suponen que la aportación social está por encima de la genética. Creen en el pueblo y en el folklore, en las artes y las letras, en la imaginación; creen que las verdades sólo son válidas en el momento en que se aplican a una realidad, pero pueden no haberlo sido antes y pueden no serlo después.

Sería, quizá, una división similar a la de apolíneo y dionisiaco, que estuvo tan en boga después de la invasión de la cultura germánica. Los pueblos, se decía entonces, tienen oscilaciones periódicas, tienen ciclos: ora se inclinan hacia lo dionisiaco, ora hacia lo apolíneo. A la magia o a la lógica. A la civilización o a la cultura. En nuestro remedo, en nuestro lenguaje de andar por casa —y andar mal—: la lucha entre la apertura y el cierre.

Quizá los términos de civilización se estén imponiendo ahora sobre los de la cultura. A fin de cuentas, como siempre. A lo largo de los siglos, los periodos de esplendor de la cultura son cortos, y se les llama "de oro" o "dorados", por su excepcionalidad. "Dichosa edad y tiempos aquellos a los que los antiguos dieron el nombre de dorados"...

Todo lo demás, es civilización. Es curioso que siempre haya que estar salvándola o defendiéndola. ¿De quién? Quizá de la cultura. ■

POZUELO